

UNA VISITA A LAS RUINAS DE CHAN CHAN (PERU)

POR E. ROSEL ALBERO

Ya desde nuestra primer visita a Perú nos había impresionado la extraordinaria riqueza arqueológica de ese país, que superaba todos los cálculos que nos habíamos hecho a través de lecturas y relatos. En aquella oportunidad visitamos las ruinas de Pachacamac, cerca de Lima, y luego en la zona de Cuzco, las de K'enko, Sacsayhuamán, Tambomachay y las famosas ruinas de Machu Picchu, consideradas con motivo como la octava maravilla del mundo. Además, en breve visita a los museos de la capital peruana, tuvimos una visión de las culturas pre-incaicas. Todo ésto, lejos de aplacar nuestra sed de conocimientos, la agravó y fue entonces que prometimos regresar una y otra vez, en la seguridad de que en cada visita hallaríamos algo nuevo, que nos transportaría a las profundidades de la prehistoria de América del Sur.

Así fue como este año decidimos conocer, en el terreno, aunque sólo fuera una de las cunas de esas civilizaciones que precedieron a los incas y de las que éstos extrajeron y asimilaron las mejores tradiciones y los rasgos más representativos con que enriquecieron su propia cultura. Elegimos entonces Chan Chan, ex capital del Imperio del Gran Chimú, situada en las afueras de la ciudad de Trujillo, 550 km. al norte de Lima.

Más de siete horas en un veloz y modernísimo automóvil a lo largo de la yerma costa del Pacífico habría de conducirnos hasta la primera etapa de nuestra meta, la tradicional y españolísima ciudad de Trujillo.

Tan pronto como dejamos atrás la zona de Lima, envuelta en la niebla matinal, nos encontramos cara a cara con el desierto —y el sol—. Acantilados, cerros blancuzcos de raras formas recordándonos un paisaje selénico, arenales que invadían el camino y se perdían en el mar, todo dentro de una aridez impresionante. De cuando en cuando una

población a ambos lados de la ruta, chata, de monótonas casitas de adobe, cuyos frentes pintados de vivos colores no lograban sin embargo quitar esa sensación de fealdad omnipresente. Plantaciones aisladas de maíz, papas, caña de azúcar, hasta unos pocos viñedos, nos revelaban la fertilidad que se escondía tras esa aparente aridez cuando el terreno era bañado por algún río o vertiente. Pero eran solo manchas verdes perdidas en la inmensidad del desierto. A toda velocidad pasamos la fortaleza de Paramonga, con sus paredes de adobe formando cuadriláteros en torno al cerro sobre la que está enclavada, en el estuario del río Fortaleza, no lejos de Barranca. Hecha la invasión de los Incas en la década de 1470, Paramonga fue la fortaleza más austral del Reino Chimú. Solo alcanzamos a ver cómo pasaba veloz esa reliquia histórica, mostrando en los descoloridos adobes de sus paredes los efectos devastadores del tiempo. Ni siquiera tuvimos tiempo de tomar una fotografía, cuando ya desde el automóvil se divisaba el comienzo del fértil valle del río Fortaleza, que milagrosamente había logrado transformar el erial en vergel. Grandes plantaciones de caña de azúcar se extendían por varios kilómetros y luego nuevamente el desierto, que recién ahora, en la claridad matutina, se nos manifestaba en toda su magnitud. Era sencillamente desoladora la desnudez del paisaje. Cerros y médanos en los que jamás brotó la hierba, dunas de blanca y fina arena que muy bien podrían haber estado en el Sahara, formaciones montañosas blancuzcas o amarillentas o rojizas, desgastadas por los vientos. Pero lo predominante era siempre esa terrible sensación de soledad, de desolación. Después de cinco horas de marcha pasamos por el puerto pesquero de Chimbote, en la desembocadura del Río Santa, y hacia mediodía estábamos en Trujillo.

Luego del almuerzo y de una reparadora siesta nos dirigimos al Comité Pro Restauración de Chan Chan. Nos recibió el administrador, Sr. Antonio Gardés, ex residente en la Argentina. Ahora está en Trujillo, trabajando activamente por la restauración de Chan Chan, hombro a hombro con el arqueólogo jefe, Dr. Francisco Iriarte Brenner y un entusiasta grupo de estudiantes y obreros. Los trabajos comenzaron hace poco más de un año.

La tarea era ardua. Desenterrar primero, restaurar después y posteriormente preservar esa maravilla de barro que data de los siglos XII a XV de nuestra era, pero que fue erigida sobre los restos de construcciones de otra civilización mucho más antigua, la Mochica, cuyo florecimiento se sitúa unos mil años antes.

Chan Chan fue la capital del Imperio del Gran Chimú que se extendiera por casi mil kilómetros a lo largo de la costa del Pacífico, desde el norte de Lima hasta el Ecuador. Actualmente es considerada como la ciudad prehistórica más grande de América y la mayor urbe de barro del mundo, con una superficie de unos 20.000 km. cuadrados. Las casas eran de adobe, con cimientos de piedra, formando 10 grandes barrios aislados por altas y espesas murallas de 9 ó 10 m. de altura. Cada barrio contenía, además de las viviendas de sus pobladores, grandes templos, mercados, talleres, depósitos de granos y textiles, campos de cultivo, reservorios de agua, cementerios, etc. y constituía una verdadera unidad vecinal autónoma. Las calles, que hoy se ven desiertas, se cree que pudieron haber estado bordeadas de árboles que se mantendrían con riego artificial. Pero lo más asombroso de todo eran los frisos de barro formando hileras de decoraciones en bajo relieve. Sus motivos eran animales estilizados, de formas geométricas, que se repetían en hileras horizontales u oblicuas. También habían representaciones del mar, la luna, aves marinas, etc. En cada barrio los motivos eran distintos, lo cual hace pensar en una cuidadosa planificación. Se han hallado vestigios de pinturas en los frisos, pero muy deterioradas por la acción del tiempo. Los Chimús eran además excelentes ceramistas y orfebres de objetos de oro, plata, cobre, etc. También producían tejidos de calidad, que llevaban los mismos motivos de los frisos.



Fig. 1. - Chan-Chan. Vista de un sector restaurado de la "Ciudadela de Tschudi".

En la mañana siguiente llegamos hasta Chan Chan. Visitamos la ciudadela de Tschudi, que es donde se están realizando ahora los trabajos de excavación y reconstrucción. Tuvimos allí la misma sensación de paisaje lunar que experimentáramos la víspera en la carretera. Las ruinas de enormes y gruesas murallas desgastadas en la parte



Fig. 2. - Idem.

superior se levantaban ante nosotros. Únicamente la sequedad del clima, no obstante la presencia del mar a sólo 4 km., pudo conservar esta maravillosa obra de arquitectura. Sin embargo, la región suele sufrir el castigo de una fuerte tormenta de lluvia producida por la cálida corriente marítima "El Niño" que procede del Ecuador y se encuentra con la otra corriente fría de "Humboldt". Cuando El Niño se abre camino hacia el sur, más allá de sus dominios habituales, se produce una violenta tormenta de lluvia y viento que destruye todo lo que halla a su paso. Felizmente para Chan Chan, ésto sólo sucede ocasionalmente. La última se registró hace cuarenta años, en 1925, y causó grandes daños a algunos barrios de la ex capital Chimú.

Nos sirve de guía un joven estudiante de historia de la Universidad de Trujillo, Víctor Diéguez, él mismo descendiente de la raza que habitara estos parajes cientos y miles de años atrás. Primero nos lleva a ver una de las partes ya restauradas, un patio ceremonial cuyas paredes llevan motivos en relieve que representan el mar y un ave marina.

Luego pasamos por diversos laberintos recientemente desenterrados y ya limpios, donde pudimos apreciar en detalle el maravilloso trabajo de los bajorrelieves en barro ejecutados sobre las paredes. Notamos que hay en la zona mucho salitre que destruye lentamente las construcciones y decoraciones.

Y así de un lugar a otro vamos recorriendo la ciudadela. Víctor Diéguez va explicando cada lugar, cada cosa de interés, y nosotros nos imaginamos la ciudad en su época de pleno esplendor, calles arboladas, techados de paja, hombres y mujeres entregados al trabajo y a la creación artística, sembrando, tejiendo, fundiendo y modelando el metal, pacientemente dando forma a los frisos, coloreándolos. Vemos los niños jugando en la arena, las acequias regando sembrados y jardines. Sigue nuestro guía sus interesantes revelaciones y nosotros tratamos de registrar con nuestra cámara todo lo que podemos, temerosos que nuestra memoria nos traicione y no logremos después reproducir en nuestras narraciones la impresión captada por nuestros ojos. Aquí estaba el Templo de la Luna, aquí un reservorio, aquí un cementerio. Una tumba Mochica fue descubierta recientemente en este lugar. Al efectuar las excavaciones hemos hallado cenizas y un cadáver de un niño sentado sobre un perro. En un hueco en una de las paredes de la tumba, se hallaron una momia Tiahuanaco y tres ollas, que en su tiempo contenían alimentos para que el difunto se alimentara en la otra vida. Los trabajos de excavación y limpieza continúan y se tiene la certeza que irán apareciendo nuevas sorpresas que, arqueológicamente estudiadas irán develando más y más secretos de la vida de sus más inmediatos pobladores, los Chimús, y antes que ellos los Tiahuanacos y más atrás aún en el tiempo, los Mochicas.

Casi al terminar el recorrido nos encontramos con el doctor Iriarte Brenner, al que somos presentados por el guía. Es un hombre joven, de unos treinta y cinco años, moreno, de rostro tostado por el ardiente sol del desierto, alto, delgado, de carácter afable, alegre y un tanto irónico a ratos. Ha pasado largas temporadas trabajando con los arqueólogos en México "que conozco mejor que a Perú", según nos dice. Estudió además en Roma y ha visitado otras ciudades Europeas. Nos narra cómo por iniciativa de un grupo de gente de Trujillo, hace poco más de un año, nació el Comité Pro Restauración de Chan Chan. El gobierno les da una subvención, que no es todavía suficiente. Pero gracias al aporte de la población y de lo que dejan los turistas y visitantes, se está manteniendo el trabajo de un centenar de personas. El



Fig. 3. — Idem.

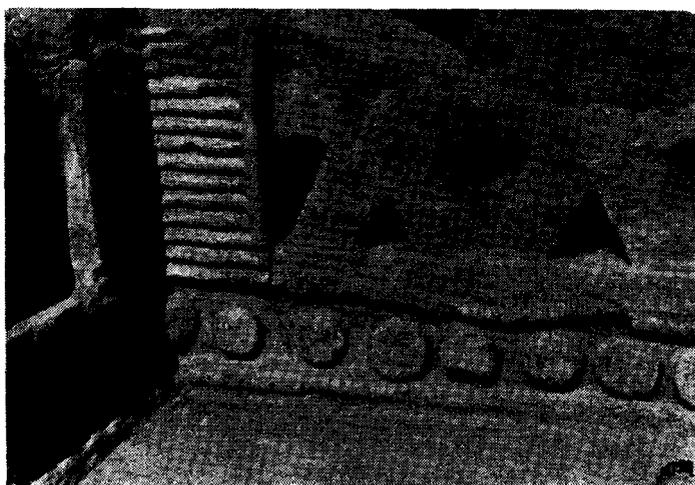


Fig. 4. — Idem.

doctor Iriarte nos habla con entusiasmo de las tareas que se vienen realizando, de las dificultades que han tenido que afrontar, de cómo las van superando. Había quienes opinaban que la ciudad no debía reconstruirse. Que sólo había que desenterrarla, pues de lo contrario perdería autenticidad e importancia histórica. El doctor Iriarte no piensa así.

Hay que restaurar —nos dice—, pero respetando lo que se pueda conservar y siguiendo el estilo de los constructores originales, basándose siempre en evidencias históricas y arqueológicas. Y según el conocido arqueólogo Valcárcel en un artículo recientemente publicado en "La Prensa" de Lima, en Chan Chan se están respetando estos principios fundamentales.

Al restaurar, nos dice el doctor Iriarte, se cumple con el fin educativo de hacer llegar a las generaciones presentes y futuras el mensaje social e histórico que las ruinas encierran. No todos los visitantes —en su mayoría turistas sin ningún conocimiento previo— están capacitados para imaginarse como era la ciudad y la vida en ella originalmente.



Fig. 5. — Idem.

Otro problema serio que hay que resolver es el de la corrosión por el salitre. Sin embargo, se ha recibido una muestra de un producto químico fabricado en Francia que detiene esta acción nociva y protege las construcciones y decoraciones, una vez limpias de salitre. Se espera poder contar pronto con cantidades suficientes de este producto, que aún no se aplica, tal vez por motivos de índole económica.

Siempre por la información del arqueólogo jefe, nos enteramos que debajo de Chan Chan se han hallado evidencias de una anterior ciudad Tiahuanaco y más abajo aún de otra de origen Mochica. Los

hallazgos en la tumba descrita más arriba, confirman estas declaraciones. Y nos confirma lo que ya nos manifestara el joven estudiante Víctor Diéguez: que son incalculables las sorpresas que esperan a los restauradores. Todos estos descubrimientos y su posterior estudio prometen revelar muchos secretos de la vida y costumbres de las civilizaciones pre-incaicas. Nos dice el doctor Iriarte que no son pocas las fantasías que se han tejido con respecto a la prehistoria, especialmente en Perú donde la falta de evidencias escritas dan rienda suelta a la imaginación de fantaseadores de todo tipo. Por eso es que en Chan Chan se ha resuelto desechar todo aquello que se había dicho o escrito en base a suposiciones y comenzar de nuevo, apoyándose exclusivamente en la evidencia arqueológica de los hallazgos. El camino es largo y penoso, pero es el único que logrará aproximarnos a la verdad histórica.

Luego hablamos de los cementerios. Constituyen en muchos casos un verdadero dilema para los arqueólogos. Aquí, igual que en Machu Picchu y otros lugares, sólo se han hallado restos de mujeres y niños.

¿Existían cementerios separados? Evidentemente. Pero, ¿dónde están? Aun continúa siendo un misterio. También nos refiere nuestro interlocutor el vandalismo de los huaqueros (profanadores de tumbas y lugares sagrados, llamados "Huacas") que durante años han estado saqueando las ruinas. Seguramente ellos y los conquistadores españoles antes, se han llevado la mayor parte de los objetos de cerámica, de oro y plata, y restos de tejidos. Pero felizmente desde que comenzaron los trabajos de restauración los huaqueros han desaparecido.

Otra incógnita la constituye el hallazgo de cerámica Chancay, procedente de una zona muy distante en el sur. ¿Cómo llegaron hasta Chan Chan? ¿Existía un intercambio? Este es otro de los puntos que deberán aclarar las investigaciones que se vienen efectuando.

Nuestra visita toca a su fin. Desgraciadamente el escaso tiempo que disponemos no nos permite visitar otros lugares interesantes como la Huaca del Dragón, y la huaca Esmeralda. Prometemos regresar. También prometemos al doctor Iriarte Brenner difundir la magnífica obra que están realizando. Es de gran importancia que los trabajos continúen. Tanto del punto de vista histórico-arqueológico como turístico. Actualmente ya está completamente restaurada la Huaca del Dragón, y bastante avanzada la restauración de la ciudadela de Tschudi,

que es la que visitamos. Otro barrio, Uhle, había sido totalmente desenterrado y reconstruido, pero debió ser cubierto nuevamente con arena para preservarlo de los vándalos que dañaban los frisos escribiendo sus nombres (!). Es que la zona es inmensa y muy difícil de vigilar.

Al dejar Chan Chan experimentamos la sensación de regresar de un viaje a la prehistoria de América, nuestra América, y nos felicitamos de haber efectuado la visita en estos momentos en que los trabajos están en plena ejecución, pues así nos hemos sentido un poco partícipes de esta maravillosa y titánica tarea que vienen realizando el doctor Francisco Iriarte Brenner y sus entusiastas colaboradores.